

SUPLEMENTO I

MEMORIAS DE LA MILITANCIA

**APORTES PARA UNA LECTURA POLÍTICA
ROSARIO (1955-1983)**



Peronismo.
Militancia y crítica
(1973-2008)

(NICOLÁS CASULLO)

Punaladas
LEZAROS DE PUNTA

(EL MITO PERONISTA)

Página | 1

El Petiso en curda provenía de las bocacalles nocturnas del Abasto. De una oscuridad sin reposeras ni banquitos a esa hora en las puertas de los zaguanes. Los árboles altos y frondosos le sumaban sombra al contorno de su humanidad. Lo anunciaba un rechinar de las ramas en el desfiladero otoñal de Lavalle. Barrio clasemediero de herencia tana, casas de bajos y altos, algunos propietarios de autos, varias sirvientas entrerrianas como en mi casa, changadores tucumanos en plena madrugada, y adentro, en la cantina el varón del tango que bajaba de su coche recién a las diez de la noche con otros dos tipos. Aunque eso era adentro, siempre igual junto al mostrador, la tarima y el micrófono con el guitarrista al lado. Nada que ver con la esquina de enfrente haciendo ángulo: nada que ver con nosotros sobre baldosas marcadas, conocidas, parientes. Un poco más adelante carros y chatas en hilera interminable y esos bultos agazapados con camisetas de frisa cargando los cachos de bananas hasta los agujeros de los sótanos. Silbidos sin señas, viento ululando contra las paredes gigantes del mercado de las que nadie supo jamás que eran artdecó ni preguntó nunca por sus formas curvas, vidrios en cuadrículado, figuras antiguas. No había todavía fotos sepia de ellos mismos trabajando, ni ellos imaginaban esa escena detenida en otro siglo XXI venidero sobre las paredes de un shopping.

El Petiso llegaba parecido a todos los días. Pasos arrastrados, respiración herida dentro de su sobretodo marrón con la corbata grasienta y absolutamente mamado. Irreconociendo cualquier referencia, emergido de las noches del 56 por Zadicarnó camino a su pieza para detenerse antes como una estatua frente a nosotros en la esquina, detrás la voz de Julio Sosa en la cantina. Había perdido el trabajo en el ministerio, después y por croto lo abandonó su mujer, esa fulana rubia que se volvió a Misiones con los dos hijos. Interrumpía su camino para señalarnos el frontispicio con un dedo y llenarse de aire la boca hacia un eructo que jamás le salió, pero sí el viva Perón descascarado, fuerte, como hablando con alguien al que tuviera a cinco metros, con ese nombre Perón en los labios que aturdiría el aire del final de Almagro. Un tono arrastrado que sentíamos no era para mujeres ni para las muchachas ya dormidas. Su voz baja y cavernosa desvirgaba el mundo.

Pero años antes y una cuadra más lejos de esa esquina de Lavalle, por el desfiladero de Bulnes con las bombitas quemadas, con los árboles sin luz, solían flotar entre los cables secos las caras de otros granujas que el barrio arrinconaba en Guardia Vieja. Ahí estaban ellos supe desde siempre, no sabiendo muy bien lo que en realidad sabía

con ese dato. Escuchar cómo robaban leña, cocinaban a carbón y se sentaban sin sillas en las piezas. Nadie pasaba de noche por ahí, y de día de vez en cuando: las cuatro esquinas eran como un paraje distinto, los pibes cubiertos de roña jugaban con el agua del cordón, desde la puerta de los conventillos creo también pude ver, de muy chico, las casas de los peronistas como les decían. Todos ahí, alcahuetes, chorros, escapados, gremialistas de las estibas, un delegado de los carteros, chiquilinas putas invitando desde las puertas cancel según comentaba el farmacéutico del chalet. Pobres niñas, pensaba mi abuela la vasca, como si increíblemente la abuela hubiese hablado con ellas, como si supiese que hacían, cuando desde el portón de los gitanos contaba mi tía se podía ver adentro colgada la foto de Evita, la cancerosa. Caminaba de la mano de mi padre y al llegar a Guardia Vieja siempre aparecían los negros. Una tarde el viento arremolinó la basura de los tachos, un grito inmenso vino de ninguna parte, fue una mujer y presentí que estaba enferma en algunos de los conventillos, tía Elena apuró el paso, me arrastró por el empedrado con olor a bosta. También estaban esos tipos que a la madrugada se quedaban solos cuando hasta la fonda había cerrado. Alguien contó una vez delante de mí que se juntaban en la calle, no en la vereda, sentados en cajones vacíos de frutas para cantar la marchita, y mi padre en la sala de casa que bajaba el disco de Beethoven, que pedía silencio, que nos callásemos ¿escuchan?, son los de Guardia Vieja.

Los "sin historia" hacen la historia. Así pensé mucho después a principios de los 70. Desde Marx y contra Marx, aunque esto último más bien quedaba en confidencia con respecto al hombre de Tréveris que si en realidad no había descubierto ninguna ecuación científica sobre el rencor de clases, había logrado lo más importante, convencer a las generaciones que así lo hizo. Pero en el caso del peronismo peor, además de sin historia reconocida por ninguno de los tomos —como pueblo alejado de la Bastilla— también sin nombre allá por el 56: impronunciable, no identidad, no clase, no lenguaje, no sujetos, no ciudadanos. Lo Innombrable diría la santa Iglesia en la Edad Media. Simplemente adictos.

La adicción de las masas era un hecho curioso. Provocaba la tentación no de sanar a esas mayorías sino de envolverlas como una partida de merca confiscada por "la libertadora". Había resultado un veneno contraído sin que la sociedad lo hubiese advertido adecuadamente. A tiempo. Era una obnubilación fármacopolítica producto de delegados de fábrica, dealers que traficaban desde sitios obnubilados de la modernidad industrial: desde ese lugar de las ánimas que nos devolvía al Petiso ebrio y con memoria tartamuda, queriendo reiniciar la marcha pero también quedarse. Con un repertorio de frases hechas. La adicción no podía ser sobre el ballet, la plástica o el perfume de las rosas. En este caso hubiesen sido masas reencantadoras de atardeceres urbanos, también por el Abasto. No: si se era adicto la posibilidad de tal figura no podía desaprovecharse eligiendo lo rumoroso, el estío, el cielo estrellado.

Se era adicto a un tirano, cosa que insertaba nuestra historia —ya de por sí "asiática" según Sarmiento— en las pesadillas de Cleopatra suspirando por algún héroe de la Roma

primordial. Pero además prófugo, es decir tirano envilecido por el oprobio del que fugó de la única batalla donde debió comparecer. El adicto no se relaciona con ningún telos de la historia. Ni siquiera con su rostro en el espejo, solo con su destino que es mutismo o demencia, o las dos cosas. Su lenguaje es intraducible a teoría política ni siquiera de difícil pronunciación. El adicto se incrusta en la sociedad, se estrella y ocupa la ranura que él mismo produce, un escondrijo cuyas travesías responden a elecciones personales maniáticas de las que las ciencias huyen despavoridas, o astutas. El adicto no tiene teoría social, vendió su alma por droga ideológica, se frota el alma rítmicamente en los mingitorios clandestinos nacionales. Contrajo la política por falta de vitaminas. Se caga en dios. Como el Petiso ¿Por qué? ¿Cómo fue posible? La adicción resultaba un mundo de puentes invisibles que unía al cabecita tucumano con el fascismo desmedido de los dandys de Filippo Marinetti en los 10, como también podía des-unir para siempre al obrero de su verdadera conciencia bibliográfica de clase desde Engels en adelante. ¿Cómo había sido?

¿Cómo había sido eso, virgen santa? Unir antípodas insoportables, desvincular lo que debiera ser idéntico a las letras, considerar que la única opción de la Argentina era el vicio lascivo por un prófugo. Prófugo porque previamente fue tirano que regaló cocinas y se paseó con una cabaretera resentida. Ese paradigma de mezcla significaba en la imaginación de las familias de Almagro algo similar a haberle dejado leer a los críos una edición de Billiken Porno Sex durante una década no de gobierno, sino de una encamada con Lucifer.

De esa faena entre sábanas de la historia surgía el Petiso en estado de borrachera absoluta durante aquellos años libertadores. La noche lo apañaba, su garganta empezaba a guardar los años del espanto, y ese nombre en sus labios solía paralizar las miradas, los oídos: a nosotros ahí en la esquina a la espera de escucharlo más o menos a esa hora. Ese nombre pronunciado, ese nombre cancelado del idioma, Perón, hundido detrás de las paredes, quemado en ceremonia de Tucumán y Salguero en una fogata de diarios, fotos y libros de lectura, el nombre regresaba con el Petiso en la esquina. Ese nombre de un general era una borrasca repentina que cubría las baldosas, también la voz del tanguero arrancaba el tiempo del tiempo hacia el pasado, aunque con mis diez años no entendía cómo. Ese nombre arrastraba más allá de la esquina hacia un mundo de años despavoridos, de silencios, rumores, aguinaldos, inspectores, carnets de afiliación, historias malditas, diarios prohibidos, camiones llenos de cabecitas sobornados, negros infradotados, caravanas del diecisiete, y ella muerta. Ese nombre para la buena vecindad italiano española de Almagro no tenía lugar en el aire, en las piezas, en los diarios, no tenía sitio en los años venideros, ni mañana, ni días por delante ni imagen por venir. Era el sonido atroz de los negros de a montones, era un mundo telaraña que abrazaba un apellido abandonado, un hijo saturnal, un Nerón de las pampas y además trenes de pan dulce comidos por las ratas, hoteles de carniceros en Playa Grande, sacristías en llamas y Cristos incendiados que gemían, familias probas denunciadas y requisadas,

mundo de reinas proletarias todas rameritas, fiestas nacionales de vagos, fogatas con parquet, quejidos de las hembras los veintiséis de julio llorando por la yegua, mundo con rostros de jovencitas de la ues violadas arriba de una motoneta, de huracanes en plazas céntricas, muchedumbres de camisas blancas regaladas, aquelarres obreros y también nazis desembarcados por el sur y un fuego vomitado por las nubes para escribir allá en lo alto en lo más alto el nombre de esos dos satanes en matrimonio. Mundo que solo regresaba como chillidos inaudibles en la boca del Petiso que venía de la cuadra anterior, desde esa boca de lobo donde la ausencia municipal de faroles convertía a la noche en algo previo a la razón, a los datos, a la cordura, a los apareceres: que transformaba esa cuadra agazapada en algo espeluznante, en ladrones hijos de las siete tetas, cuadra de Bulnes que debió dar origen a toda la resistencia peronista como muchos años después lo descubrí lo aluciné lo leí y lo confirmé en la biblioteca de la Universidad de Duke en North Caroline subrayando puntillosamente libros argentinos primera edición sobre la cegeté negra en madrugadas de insomnios. Pero no, a lo mejor tampoco, lo más seguro es que no. Nada que ver. Cualquier cosa. No tiene goyete. El Petiso era sencillamente un curda, un peronacho.



Tomado de: Casullo, Nicolás. Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008). Buenos Aires: Colihue, 2008.

blog.memoriamilitante.org

editorialtacuarita.com